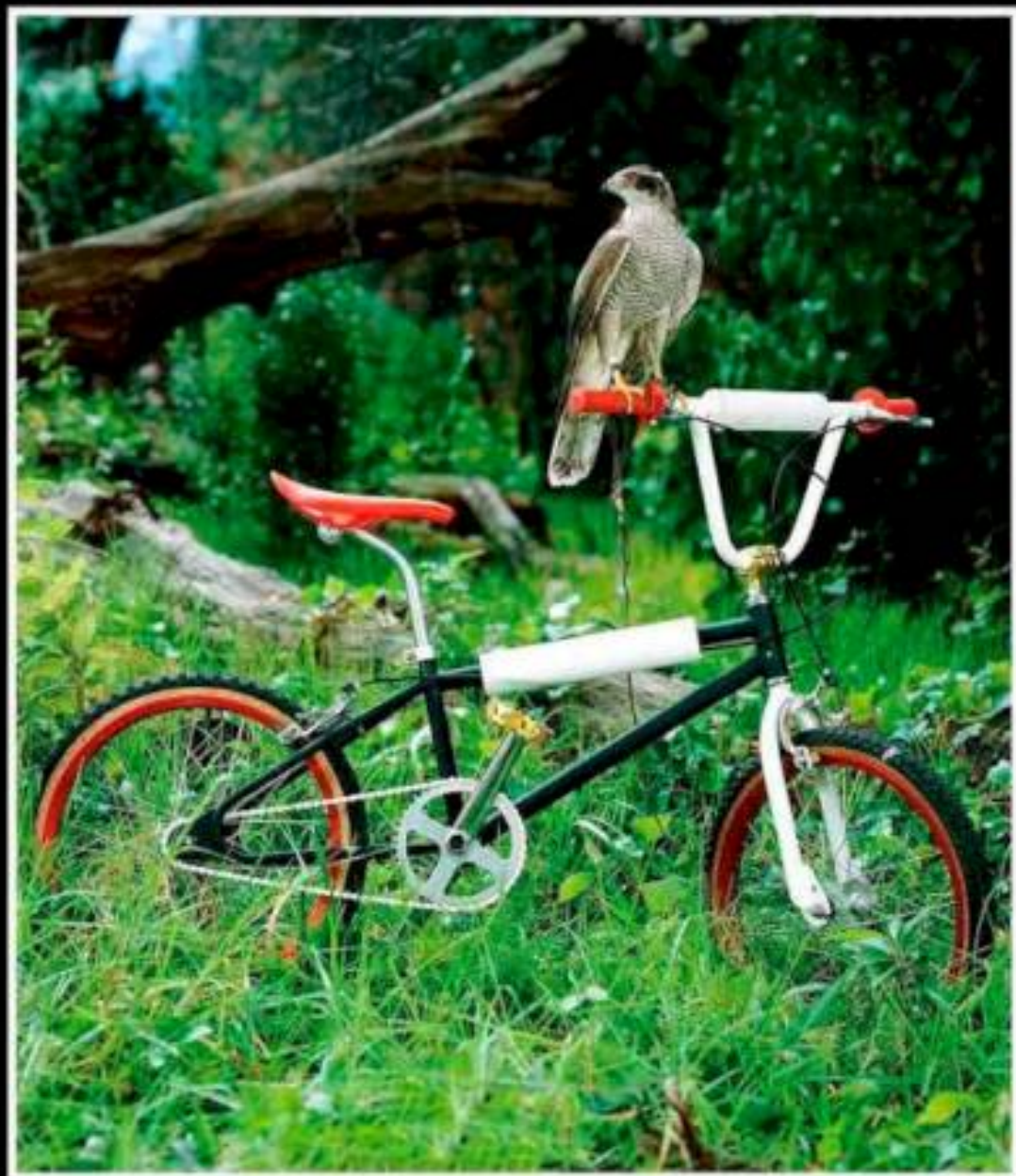


# Brenda Lozano

## TODO NADA

*colección andanzas*



Anciano ya, el reconocido gastroenterólogo Emilio Nassar tuvo un proyecto: dejarse morir de hambre. Como testigo de esa agenda oculta eligió a su joven nieta, Emilia, con quién compartió largas charlas de café antes de fallecer. Aún afectada por la pérdida, y enfrascada en una turbulenta relación amorosa, Emilia se dedica a reconstruir los últimos meses de convivencia con su abuelo; los últimos meses de ese ávido lector, megalómano incurable, padre autoritario, abuelo melifluo, conservador recalcitrante, cinéfilo y caballero a la antigua. Ajena a toda solemnidad, Emilia rememora los animados y conmovedores monólogos de quien, pese a su determinación suicida, siempre tenía un recuerdo, revelación, o nuevo prejuicio que contar, como cabría esperar de un hombre intolerante pero, también, que ofrecía gallardía, ternura y, en sus mejores momentos, el más sensato consejo: «no estamos aquí para dormir angustiados, hemos venido a pasarla bien». Sin embargo, Emilia se dará cuenta de lo complicado que es aplicar este principio, en su caótica vida. Hecho que arrojará una tímida, triste, pero reveladora luz acerca del sinsentido de nuestros afectos.

A Jesús (1924-1996) y a Juju (1923-2008).

A partir de un cierto punto ya no hay  
vuelta atrás.  
Hay que llegar a ese punto.

Franz Kafka

1

Mi angustia produce obras maestras.

## 2

Despierto. Despierto con el impulso de empacar. Me levanto de un salto. Arrojo ropa del clóset a la cama. Busco una maleta en el clóset y de golpe cae. Cae de golpe el sueño, dejo de buscar la maleta. He soñado con una llamada telefónica. Pero no, no cualquiera. Una llamada en la que el abuelo me invita a París a una de sus conferencias. (No tienes de qué preocuparte, no tienes que responder a las preguntas de los médicos. Es suficiente con que me acompañes al auditorio. Después de mi conferencia podremos pasear, prometo que no invitaré a las viudas que seguramente me buscarán. Te llevaré a cenar al mejor restaurante, te llevaré a los mejores lugares, ya verás. Anda, empaca que paso por ti en diez minutos). Cuelgo el teléfono y despierto. En ese orden, en medio de este desorden.

El abuelo se quitó la vida un domingo por la noche. Tenía setenta y dos años. El próximo domingo, el domingo que viene, se cumple un año de su muerte. Nunca entenderé al abuelo y menos entiendo por qué hizo esta llamada. Esta llamada telefónica desde otro lado, no este lado.

Dios no revela nada, prueba de ello era el abuelo, que era un signo de interrogación. Además le permite usar el teléfono, tan campante, desde el otro lado. ¿Justificar a Dios? Así como los hombres salen de Sus palabras, muestra diaria de Sus desatinos, del mismo modo, y no con menor magia, el abuelo desconcierta con sus palabras incluso luego de su muerte. ¿Justificar la llamada del abuelo? Soñar vivo a un muerto es lo mismo que conversar con un

esqueleto en el consultorio de un médico. Entender, de una buena vez, a Hamlet. Menuda la situación de sostener un cráneo en la mano y no pronunciar un monólogo extenso. Quizá la ausencia, la ausencia de alguien querido, es el título de cualquier discurso dirigido a la pared.

Haber soñado con el abuelo no es novedad. No es novedad que dé vida al que se fue. Pero seguir sus órdenes, sacar ropa del clóset, buscar una maleta, es una penosa novedad. Tal situación es la evidencia de que actúo movida por una ausencia. Su ausencia no es cualquiera. Obedecer al abuelo, como un perro al que lanzan un palo y corre disparado, es penoso, es novedad. Es, sobre todo, penoso.

Luego de la muerte del abuelo, luego de despedirme incontables veces sin irme, cada vez entiendo menos. ¿En qué momento se supone que uno entiende que alguien se ha ido? ¿En qué momento uno se despide sin volver? Sueños como el de hoy muestran que las peores pesadillas no son esas en las que atestiguamos la muerte de un ser querido; por el contrario, en las peores respondemos una llamada telefónica. Si el sueño es el descanso que nos ha sido concedido y a la vez es una sala de cine donde observamos nuestros temores más agudos, ¿a qué hora se supone que se puede descansar de uno mismo? ¿Se puede descansar de uno mismo?

Queda contar, contarle otra vez. Sueño que el abuelo me invita a París, me levanto de la cama para empacar y recuerdo que el abuelo murió hace un año. Volver a contar y acercarme a la incertidumbre. Sueño que volveré a ver al abuelo y no. Sueño y no porque lo he creído. He creído que lo vería en diez minutos. Carajo, la angustia no tiene límites. Despertar, por ejemplo, debería ser considerada una obra respetable. O ¿a quién le resulta más asombroso observar un cuadro de Jackson Pollock que despertar?

Con lo que soy capaz de hacer en nombre de la angustia podría exponer las obras suscitadas. Podría exponer, por ejemplo, los retratos hablados del abuelo. Nunca narro lo mismo y siempre narro lo mismo. Retratos distintos, retratos inciertos, retratos tan movedizos como el pasado. Narrar tantas veces lo mismo es el camino para alejarse de la realidad. Allá, lejos, lejísimos, estoy. Y así, lejos de retratarlo, hablando de él sin que nadie me provoque, cada vez que hablo de él me pregunto lo obvio. ¿Se parece lo que cuento del abuelo al hombre que realmente fue? Pregunto lo obvio todos los días, respondo lo obvio sin que me pregunten. De hecho, estoy un paso adelante: respondo, cuento de él una y otra vez, sin que me pregunten. Me alejo cuando me acerco a retratarlo. Tal vez porque al hablar de él intento responder lo obvio. ¿Cómo le hizo para irse y seguir aquí? ¿Está aquí o allá? Querer responder como si las respuestas fuesen la llave de su consultorio. Respuestas que parecieran abrir la puerta y encontrarlo sentado en su trono. Pero cualquier pregunta, sabemos, es una puerta cerrada. Podría exponer mis retratos hablados del abuelo. Podría exponer sus peores chistes. Podría exponer sus sentencias venenosas. Podría exponer sus insultos. Podría exponer los boleros de Daniel Santos que cantaba cerrando los ojos o los licores con tres hielos que le gustaba tomar después de comer. Podría exponer mi angustia luego de su muerte. Podría.

A veces pienso que, de ser posible, mi angustia se rodearía de artistas. Brindaría con ellos, se doblaría de risa. En una cantina, digamos, mi angustia contaría sus mejores chistes, sus mejores anécdotas. Hablaría de sus mejores trabajos. Sería gran amiga de cualquiera. Amiga de cualquiera a la altura de sus trabajos. Sus trabajos geniales que son mis actos más estúpidos.

Cuando trato de negociar con la ausencia del abuelo no me quedan más que ladridos. Como los días confirman que el que se fue no se va del todo quedan los ladridos. Él



se fue y no se fue. No solo no se va sino que aparece en un sueño. Un sueño que me hace creer otra cosa, otra vida y otro sueño. Despierto con el impulso de empacar y empaco. Creo por un momento que el abuelo ha regresado del túnel exhausto, maldiciendo lo lejos que está la luz y lo cerca que está París.

Descolgar ropa, buscar una maleta. Penosa novedad. Si editara un periódico en mi departamento, la primera plana de esta mañana habría rezado: «El abuelo sigue muerto». Noticia de última hora. Noticia y novedad. Novedad, penosa novedad, como cualquier novedad. El próximo domingo se cumple un año de su muerte. Y el próximo domingo cumpla dos meses de terminar con José. Se cumple un año y se cumplen dos meses el mismo día si es que eso es cumplir algo.

Despertar. Lunes. Despertar otro lunes. Probar otro día que soy un perro que quiere que a alguien se le escapen unas palmadas. Probar otro día y no quererlo probar. Probar, sobre todo probar, que cada día hablo menos y ladro más. Lunes. Despertar.

3

Allí donde se instala el placer  
se acomoda, con permiso, con permiso, el dolor.

Luego de un mal sueño, la he pasado leyendo. Cuando me viene en gana, asisto a clases de literatura en la Universidad Nacional. No trabajo, no tengo oficina. ¿Justificaría el nacimiento de mis padres si hoy en lugar de leer hubiese asistido a una oficina a redactar correos y hacer llamadas? El abuelo, como cualquier muerto, no responde. Pero responde aquí al lado. (Dime en qué trabaja un hombre y te diré cuál es la idea que tiene de sí). No sigas abuelo. Aquí al lado no sigas porque a partir de hoy decreto que la lectura es un género literario y un género literario es un quehacer, como el de un médico. Basta. No trabajo y punto. No trabajo y tampoco hablo contigo. No te hablo a ti. ¿O sí? Me acuerdo de él ahora que no está. Me acuerdo de él, estoy con él.

Me cuenta una y otra vez el día que la abuela lo dejó por un pediatra mediocre. (Caray, un pediatra mediocre es razón suficiente para que los hombres dejen de reproducirse. No querrán tener un hijo como él, y si lo tienen no querrán que un pediatra mediocre lo atienda).

Hacía dos años que ella había decidido pasar el resto de su vida, lo que le quedara de vida, con un hombre que le hiciera compañía. Compañía que no era la del abuelo. Él tenía sesenta y nueve años cuando ella lo dejó. Estaba en la cúspide de su carrera. Impartía conferencias en todos lados, le rendían homenajes por aquí y por allá, recibía reconocimientos de todo tipo, aplausos aquí y allá. En ese tiempo el Hospital General del Centro Médico Nacional le había pedido su nombre prestado para las instala-

ciones. María Nassar lo había dejado dos años atrás y él se dedicó de tiempo completo a su carrera y, de paso, a recibir reconocimientos. Aunque estaba seguro de que se trataba de un malentendido ignominioso, la pasaba bien, bastante bien, en el centro del malentendido.

Contra lo que pueda creerse del sentido del humor de los médicos, cuyas bromas suelen ser tan incomprensibles como su letra manuscrita, el abuelo tenía un sentido del humor estupendo. De manera que la revisión de su carrera prestaba también el escenario al anciano carismático. Un anciano carismático por huraño. Era carismático, huraño incurable, pero esto no le hacía gracia a su mujer.

Escuchar a María nunca me sedujo, pero alguna vez, mientras esperaba al abuelo en su estudio, dijo que su esposo era un candil de la calle que no alumbraba su casa. Desde su punto de vista, imagino, no le dedicaba suficiente tiempo. El trabajo era su día a día. Más casa el hospital y más cercano Óscar, su amigo desde los tiempos en la facultad. Pero guardaba la esperanza de que cambiara, de que con la edad le dedicara más tiempo. Pero ¿puede alguien cambiar con la edad? El abuelo, por el contrario, llegó a sus extremos. Extremos que su mujer no calculó. Pasaba cada vez menos tiempo en su casa. Dormía en el consultorio entre apuntes y libros, por la mañana la llamaba por teléfono para recitarle fragmentos de Proust. El abuelo leyó, con las intermitencias de su mujer colgando el auricular, *Por el camino de Swann*, de pe a pa. ¿Por qué carajos hizo eso? Ya he dicho que era un signo de interrogación. Hasta que María, harta, le llamó al consultorio para decirle que se iría de la casa.

Me cuenta cien y mil veces la llamada telefónica de la abuela. Cuenta que lo llamó al despacho para decirle que se iría con un hombre que quería compartir la vida, lo que le quedara de vida, con ella. Que llamaba también para decirle que le dejaba en el refrigerador, en un recipiente de vidrio, un guisado. En el recipiente de tapa azul cielo,

no verde pistache, pues en el recipiente de tapa verde había arroz. Habla de las tapas de colores que la abuela usaba para distinguir la comida pese a que los recipientes de vidrio asomaban su contenido. Habla del guisado en el recipiente de tapa azul cielo. Un guisado que tanto le gusta, uno que ella preparaba mal. Demasiada sal, dice. (Tu abuela tiene una relación patológica con el salero. Tan salada, tanta sal que el suyo es un caso clínico. Si tiene un salero cerca le tiembla la mano derecha. Tiembla de ansiedad hasta que vacía el salero en el plato más cercano. Qué salvación, Emilia, pudo matarme con tanta sal. ¡Imagina la humillación! Murió el médico general, el especialista en gastroenterología, el hepatólogo dedicado porque comió un guiso de su mujer).

En un restaurante me cuenta esto. No pide nada de comer, pero fulmina los guisos de la abuela, pulveriza al pediatra. Con cuchara en mano, sosteniéndola como si fuera un garrote, amenaza con sus frases. Es claro: con esa rabia un joven podría atravesar el océano y destruir Troya. Es igualmente claro que destruiría esta ciudad con una cuchara si ello le regresara a su mujer.

Habla de la sal en el organismo. La sal es mala para la salud, entiendo, pero ya sabe que nada entiendo de términos médicos. Entiendo que, con su fervor, rompería todos los saleros del mundo. Pide a un mesero que nos retire el salero al tiempo que le regala un sermón. Los sermones de este médico son siempre cortesía de la casa. Pide al mesero que tome con cuidado esa arma letal, al tiempo que pienso: ¿este es el tipo con el que comparto nombre y apellido? No lo dije antes pero este que pide que tiren los saleros del restaurante se llama Emilio Nassar; y Emilia Nassar quiere que, de paso, lo tiren a él también.

Hablaba demasiado. Habría sido más fácil frenar el mundo que frenar sus palabras. Pero importa lo que no dijo. Más revelador su silencio; y las frases que decía, en todo caso, cuando nadie lo escuchaba. El abuelo caía, caía

en silencio, igual que una piedra al fondo de un lago. La profundidad de su caída podía medirse por aquello que dejaba de decir, las cosas que dejaba de hacer. Dejaba de hacer una y otra cosa. Dejó, por ejemplo, que su mujer se fuera, asunto que antes habría impedido con un bate. Dejó de ver a sus hijos. Se alejó, dejó que se fueran. Dejó de comer. Fue retirando uno a uno los alimentos. Entró en un régimen alimenticio para quitarse la vida a los setenta y dos años.

Su suicidio no fue un arrebato. No era un adolescente desesperado, no era un hombre endeudado ni un actorsucho frustrado. El presidente honorario de la Organización Mundial de Gastroenterología hacía lo que quería y moriría cuando sus tripas quisieran. Supo cómo hacerlo. Supo cómo hacer para que no pareciera lo que fue, para que su muerte pareciera natural, pues no habría querido que nadie narrara su final tal como fue.

Su carácter no le habría permitido morir como muere un anciano al que le cambian los pañales. No dejaba a otros tomar decisiones, mucho menos dejaría que la vida tomara una decisión por él. Además, Emilio Nassar y la medicina tenían relación. Una relación larga, una relación estrecha. Pero ¿se puede comprender por qué alguien decide dejar de golpear?

Empezó su dieta el día que me llamó para invitarme a un restaurante. El día que me contó mil cien veces la llamada telefónica de la abuela. El día que despotricó contra el pediatra y contra el salero. Ese día que le pidió a un mesero que se llevara el salero, retiró la sal. Tenía que empezar con algo. Fue retirando paulatinamente una y otra cosa. Vertió su conocimiento para ponerse fin. Volteó los papeles: él decidiría cuándo, no la vida. Invirtió los papeles: la medicina estaría a favor de su muerte. Quería callar de una vez por todas. Tal vez porque el dolor sucede al placer con la misma seguridad con que la muerte sigue a la vida.

5

Nadie quiere verse a sí mismo.  
Por eso, y por fortuna, existe el otro.